



## EL CUADRO \*

(fragmento de novela)

Vladimiro Rivas Iturralde

**D**IFÍCIL saber si era una toca o el peinado en toca, pero el óvalo de su cara era eso: la máscara de la inocencia: los ojos bovinos, la nariz respingada, la boca apretada en esclerótico equilibrio, carentes de expresión viva, como predispuestos a marchitarse al menor contacto con el viento fuerte o la vida, con esa fragilidad terrible y vulnerabilidad que dan las abstenciones, los ocultamientos y la imposición de una bondad de vaca mansa.

No demoró en pegar la fotografía en el expediente más que el tiempo necesario para comparar a esta Angélica con la que ya creía haber visto antes, y dio las espaldas a la chica que aún esperaba al otro lado de la ventanilla, con esta evidencia en las manos, odiándola ya en secreto, a pesar de la alharaca de las muchachas en juego. Le dijo con voz neutra que esto era todo y apenas si tuvo tiempo para verla retirarse con su irritante falda azul, tan pudorosamente larga. Colgó el saco en el perchero, y el secretario apareció, rollizo y gangoso, dejando una estela de perfume barato. El había sugerido a la superiora que el re-

trato del dictador, con su poder en la constitución, presidiese la oficina, colgando sobre su escritorio, a un lado del gavetero de los expedientes de las muchachas.

Volvió a ocuparse de ella por la visita del padre de Angélica, un ingeniero militar con las presillas de coronel. Pudo adivinar, más allá del prognatismo del coronel, un rigor y disciplina en la vida que no podía dejar de exhibir como una condecoración. Que inscribiera a su hija en este plantel consagrado al Corazón de Jesús parecía una suerte de comprobación. Traía consigo un ramillete de nardos para la capilla de ahí arriba y uno pequeño de claveles que la superiora puso en la secretaría misma, sobre un pedestal. Recordaría de esa plática menos el aroma del griterío de las chicas en re-

creo que las palabras del coronel, quien no presumió, como había previsto, de peligros y travesías por la selva y la montaña, ni de las dificultades indecibles para aterrizar en ciertos aeropuertos del sur, ni de los riesgos para preservar el orden. No. Sin embargo, el coronel no traicionó sus expectativas: en una amable conversación con la superiora reveló, jugueteando con el llavero, que había recibido instrucción en Servicio de Inteligencia en Baltimore. Que era un hombre íntegro, afirmó, y que deseaba lo mismo para sus hijos, y acentuó sus palabras uniendo los extremos del pulgar y el índice: formó así un agujero entre los dedos que describió un movimiento vertical y dejó suspendida en el aire una columna vertebral invisible, una médula de aire.

Pronto empezó el coronel a abundar en donaciones, y Angélica a asomarse a la ventanilla, donde el muchacho pelirrojo de dura mirada estaba siempre para atenderla. Flores para la capilla, vasos para el comedor, leche en polvo para las niñas del orfanatorio, organdí para algún visillo del convento, trofeos de plata y

lata para los eventos deportivos. Mensajera del filántropo, la chica se había vuelto aún más antipática, quizá sin serlo, a los ojos del muchacho. Ninguna imagen de ella hasta entonces -salvo la fotografía- perduraría tanto en su memoria como esta caricatura de Juana de Arco llevando con su padre, a la cabeza de un cortejo de monjas, alumnas, padres de familia, el estandarte nacional para lucirlo junto al retrato del anciano presidente. Rigurosamente vestida de azul católico, los guantes blancos, alisado el cabello, armada contra la adversidad y el mal, dócil oveja, la muchacha quiso ignorar las miradas que el impertinente le echaba encima, y se entregó a la ceremonia, seguramente para evitar embromarse ante sí misma y ante todos. Cabizbaja, solemne, prisionera, acaso presintiendo cómo la dura mirada del muchacho atravesaba la ceremonia distrayéndola de los discursos de orden, se atrevió por fin a mirar al insolente, quien sólo pudo leer en la desconocida el fastidiado qué quiere el desconocido. Junto a ese feroz cortejo de hierro, Angélica lucía desamparada, con sus diecisiete años no vividos y repentinamente implorantes. Otra habrá sido entonces la promesa secreta del muchacho a la siguiente mirada de Angélica, francamente desvalida, junto a aquella bandera que pronto sería paseada por el patio, los corredores y las calles como una Custodia. Otro habrá sido el juramento, porque el deleite estaba allá que en la belleza, en la mirada. Voluptuosa también la mirada que devuelve la otra y busca ser esperada en medio de tantos impulsos y enmiendas. Angélica por eso se escondió, se adhirió a la ceremonia y, ya en el patio, bajo la luz radiante del mediodía, fue la primera en besar con resolución la bandera y luego, con el derecho que el ser hija de su padre le daba, la mantuvo firme con su mano prisionera del uniforme, sus labios apretados, ante las compañeras que desfilaban a arrodillarse por turno y besar la bandera entre fanfarrias de cacería y estrépitos militares.

En los días que siguieron, advirtió en Angélica la actitud todavía circunspecta que le había irritado hasta entonces. Imposible no retroceder hasta la moji-gata de la fotografía, pero difícil no recordar también su mirada desvalida, turbada, sus labios a punto de abrirse como una fruta. El gusto del fotógrafo estaba, sin duda, definido por las exigencias del Colegio.

La veía en los recreos; las muchachas en flor interrumpían el juego de básquet por la lluvia de abril y se acercaban, juguetonas, jadeantes, a preguntarle por alguna calificación, pero más bien intrigadas por esos ojos verdes y duros y ese cabello rojo violento. Atrás se quedaba Angélica con la pelota, poco atenta a las respuestas del muchacho -sus calificaciones solían ser altas- o bien desdeñosa, o acaso avergonzada por haber vacilado alguna vez ante un estudiante de Sociología que sólo era hijo de un chófer y mataba su tiempo como auxiliar de oficina hasta que reabriesen la Universidad. Pero él creía verse vigilado por ella, observado a distancia con la atención, la curiosidad con que en las casas de barrio ciertas mujeres pálidas se asoman a la ventana para ver pasar la vida a la hora exacta. No se creía capaz de devolver esa curiosidad directamente, sino a través del coronel o del secretario, es decir, de su trabajo.

El 23 de abril el coronel se presentó en el colegio con una dádiva curiosa: se trataba de la reproducción de un Paolo Ucello, con la cual pretendía dejar la impronta de su nombre y del patrón de los ejércitos en el colegio. Casi todos -el secretario, la superiora, muchas monjas, algunas muchachas, Angélica, el pelirrojo- acompañaron en séquito al coronel por las silenciosas arcadas de arriba, desde la capilla hasta el fin del corredor donde la luz del crepúsculo de la tarde habría de iluminar la imagen:

en atmósfera de sueño, impávida, una doncella gótica sujeta al dragón -dócil mascota- con una cuerda. A la derecha, sobre un alazán saltarín encabritado, rijo-so, San Jorge, recortado sobre el campo, y

bajo un cielo azul con luna y un distante halo de nubes, atraviesa con su lanza el ojo de la bestia. Se yerguen sus alas cartilaginosas, de murciélago; se retuerce el cuerpo sobre su propio dolor, sobre su odio. Corre la sangre por las fauces abiertas hasta el charco. La otra mano de la virgen, en ademán de tímida entrega, señala al héroe el cuerpo del dragón; brota la sangre al golpe de la lanza; al fondo espera la cueva, su humedad, su oscuridad, boca sedienta a pesar de su agua

Clavado en el blanco muro como una blasfemia, el cuadro recibía las miradas interrogantes del muchacho y de Angélica, miradas que pronto se encontraron, también confundidas, todavía interrogantes. Para las monjas, el halo. Para el coronel, el cingulo, la lanza, la armadura, el caballo, el gesto, y sobre todo, el nombre. Para ella, el pudor, el sonrojo: ella, de piel sedosa y tersa, débilmente sonrosada, se iluminó al ver el cuadro predominantemente azul: sus ojos humildemente azules parecieron comprender. Oscuros ríos en el rostro del muchacho, abismo en el pecho por el total desconocimiento de la adolescente. Un poco fantásticamente, la chica había pasado por conocida, cuando no la conocía en absoluto, y la había imaginado o soñado en la pesadez de la secretaria, de la foto. Voluptuosidad del rubor, de la cara caída: un pestañazo y sería otra, una sonrisa y ya otro sueño. Campo grande de posibilidades: descomposición en múltiples Angélicas, todas ellas distintas y contradictorias, todas igualmente posibles. Casi hermosa, indiferente y sorda al discurso de agradecimiento de su padre, liberados los labios del apretón severo, se entregaban sus ojos a la luz que se vertía sobre el cuadro. A Angélica no le habían enseñado todo en la casa y en la escuela: entre los múltiples enigmas que su turbación había revelado, éste era el más claro y el más inquietante: también parecía capaz de percibir las cosas por su cuenta.

Luego vendrían el cura, la bendición de la imagen. Resonancia del nombre del coronel en la misa llena de incienso; cán-

ticos de vírgenes acompañadas al órgano desafinado por un viejo maese Pérez que sólo se dejaría recordar por su paso tar-do, su quitarse el sombrero y ponérselo otra vez, antes y después de la ceremonia. Acólito el mismo coronel, inmenso frente al enjuto capellán, con la humildad de soldado mayor, de ciudadano principal, entre hornacinas de altos santos también implorantes, también humildes. Y combativo él, combativos todos en la oración por la patria:

Levántate y defiéndenos, Señor; suscita entre tus hijos soldados valerosos contra tus enemigos...

Menos combativas las muchachas, sin embargo: temerosas más bien, con el miedo secretísimo al desconocido, al dragón, al diablo. Masculinos todos, puntiagudos, cornúpetas, mañosos, la cola enroscada, las garras y el hocico al acecho. Malolientes. Sólo el coronel como irremediable padre, protector, soldado, pese a las traviesas miradas de las de cero en conducta, secretamente dispuestas a defender el cero. Codearse furtivo de cómplices, comunicarse en susurro travesuras de alcoba y concluir que el cura y el coronel no podían ser sino hermanos carnales. Las monjas ahí, deambulando entre ellas, entre los muros, rezando, vigilando, castigando. La Virgen Santísima, en cambio, ojos azules, pelo rubio, tez blanca, mediterránea, a la derecha del altar, levitando hacia el Padre Eterno después de las catorce estaciones en bajorrelieve. Ante ella, como ante las viñetas piadosas de los devocionarios y los cirios ardientes, en medio de la fragancia de los nardos y las azucenas, la rigidez y la marcialidad se relajaban: con la túnica de la Virgen o las lágrimas de la Magdalena y el manto de la Verónica, ascendían los ensueños románticos, la sed de la voz del Eterno discurriendo en los valles entre esquilas, el ansia de que el milagro ocurra, una vez la hostia en alto. Deseo del sacrificio, sed escondida de la palma del martirio:

... Envenenaba el dragón a quien osaba acercarse al reino de su aliento... a fin de aplacar la furia de este monstruo, y evitar que destruyera el pueblo todo, los habitantes habían estado ofreciéndole dos ovejas cada día. Pero llegaron a escasear a tal punto que hubieron de alternar la entrega de una oveja con la de un ser humano. El nombre de un joven o de una doncella era lanzado al sorteo, y ninguna familia estaba exenta de esta lotería... "Tú mismo, oh rey, pronunciaste este decreto, y ahora, cuando en virtud de él han perecido todos nuestros hijos, quieres salvar a tu hija de la ley. ¡No! Déjala perecer como los demás, o alguno de nosotros te quemará vivo, con toda tu casa"... "Ay, dulce hija mía, ¿qué puedo hacer por ti? Yo esperaba ver hijos regios alimentados por tus pechos, y ahora eres tú misma quien debe dejarme y entregarse en sacrificio a esta horrible bestia"... La muchacha cayó a los pies de su padre para recibir la bendición y entonces, saliendo del pueblo, se encaminó hacia el lago donde el dragón moraba... "Sigue mi consejo, bravo joven, abandona tu superstición y ofrece sacrificio a nuestros dioses, y obtendrás grandes recompensas de ellos y de nosotros, de lo contrario nuestros verdugos proseguirán con las torturas"...

Fue el primero en salir. Deambuló entre las máquinas de escribir, los escritorios, las gavetas. Todo tan compacto y denso que ahí no caben ni un ángel ni un demonio. Contempló una vez más la foto y hasta intentó llevársela. Ella: apetencia que ya no podría ocultar en lo futuro. Se enfrentó inevitablemente a la imagen del Viejo: "Mi poder en la Constitución". Acudió de nuevo a la fotografía. Tocaron a la puerta. La superiora le pidió ayudase a limpiar el altar. Aún se sentía la frescura de los nardos, de las azucenas, la fragancia del incienso. Los cirios humeaban todavía en las manos cuando entró en la sacristía y vio a Angélica, inesperada, doblando manteles bordados, albas de monaguillos que misteriosamente se habían ido para dejarle la tarea. Ella había terminado ya la suya pero sus dedos se quedaron jugueteando con un gran rosario de cruz de plata.

Le mostró cuán bello era.

-¿Te ayudo?

El muchacho levantaba los metales, los manteles, los cirios del altar, y los llevaba a la sacristía, donde se habían apilado ya los ropajes, las muselinas, frente a Angélica. Torpe para los asuntos de iglesia, tardó en llevarse el agua, el aceite y el vino, del que probó más de un trago. Al entrar, Angélica no estaba. La buscó en los armarios, en la pila de ropa eclesiástica. Al volverse, la alta cortina que daba al patio, del otro lado del refectorio, se fue abriendo con la lentitud de un telón de teatro y, dando un travieso salto de danza, apareció ella, con una fresca sonrisa, cubierta con el alba de un monaguillo, los brazos en cruz en ademán de entrega, blanca como el arcángel de la anunciación, rosados sus labios entreabiertos y húmedos, pícara y voluptuosa como Gabriel jugando a seductor furtivo.

